

PALABRAS PRELIMINARES

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LAS PALMAS DE G. CANARIA

N.º Documento 226569

N.º Copia 478624



E de hacer, en estas primeras líneas, una confesión sincera.

He leído mucho; hoy leo poco. Ha vivido mi espíritu, en el espíritu de otros. En los ideales de muchos soñadores, se han forjado y se han moldeado mis ideales; en la visión de inteligencias privilegiadas, se ha multiplicado y se ha enriquecido la mía. Y apartándome de la "pose" de nuestros escritores modernos, de su mayoría; hastiado de las extravagancias de estilo y de forma predominantes, he preferido, ahora, más que nunca, nuestras letras tradicionales, las obras patriarcales de nuestros antiguos clásicos, a cuya serenidad y hermosura, no existe nada comparable.

Hoy leo poco. Vueltos mi corazón y mi alma a Dios, en su sabiduría se nutre mi espíritu. En la contemplación directa de la vida, analiza y estudia. He gustado de una existencia nueva y tranquila, llena de sensaciones libres y de sensaciones puras; una existencia de penetraciones sorprendentes en la que los

sentidos van escudriñando en la realidad palpitante y viva. He hecho la gran conquista; para mí han tomado expresión y cuerpo, el cielo azul iluminado; y las montañas enhiestas y desoladas; y los valles floridos y rumorosos; y las miradas, los gritos y las voces de los niños inocentes y alegres; y las amargas ocultas en el fondo de las almas que sufren. Todo ésto es corpóreo y expresivo para mí; todo ésto forma el libro más copioso y más intenso; el eternamente bello, el hondamente filosófico, el perennemente ideal.

Son ya pocos los libros materiales que vienen a romper este encanto. Los hojeo y los abandono. Son fríos, vulgares, inmóviles y, casi siempre, perversos; dejan enturbiada la serenidad de los espíritus, despiertan en los corazones el amargor de la vida y agitan las almas en el vacío de las negaciones. Son libros malos...; por lo menos son libros indiferentes, insinceros, impersonales, artificiosos. Si nos alzamos a la luz, sus páginas nos sepultan en las sombras. Es que nos habla la vanidad de unos, la monstruosidad moral de otros, la cultura enferma y extraviada de muchos, que son, casi siempre, los preferidos.

En mis manos ha puesto mi jóven amigo Sebastián Suárez León un montón de cuartillas que han de formar un nuevo volumen: "El alma de los niños". Junto a mi mesa me habla de su proyecto y expone su idea, como una flor de simpatía; me lee, sonoramente, algunos de los bellos escritos. Y al avanzar la lectura, yo pienso: ¡Hablar de los niños! ¿Y con qué armas cuenta? Su prosa viva y poética, su perspicacia crítica, su intelectual atractivo, su dulce sentimentalismo, (recuerdo sus pequeños artículos a su madre muerta). bien está...; pero, ¿y sus ideas? ¿Les hablará levantada la frente a la luz del cielo y abiertos los sentidos a

las inmortales formas de la vida? ¿Penetrará en el mundo interior de las almas infantiles y sabrá concentrar sus miradas para contemplar toda la vida de los niños? De los niños se ha de hablar, no solo poniendo color en las frases y música en las palabras; no solo cincelandó en sus corazones como si fueran quebradizas ánforas. Sí; el niño es cosa sagrada; ante un niño hay que descubrirse respetuosamente, "como ante el altar donde el alma se eleva como hostia sacra de amor y de fé". El que hable de los niños, que son del cielo, ha de conmover. El mismo Jesús, que es Dios, habló de los niños con inefable dulzura. Su voz, en el sublime episodio evangélico, nos deja todo el ser envuelto en la bondad divina, ante la cual todo es pobre y terrenal.

Suárez León, terminó de leer. Su voz intensificó la serenidad de mis sentidos; llegó, también, a mi corazón y a mi espíritu; fué una sensación de pureza y de sencillez; fué un eco vibrante y espontáneo de vida. Y me dije: el libro es bueno.

¡El libro es bueno y es hermoso! Es ésta su mejor crítica; su única y verdadera crítica.

Puse yo, también, hace algunos años, un prólogo a la primera obra de Suárez León, "Esbozos". Desde entonces he modificado muchas de mis ideas. Al viejo y árido texto de gramática, ha sustituido el amplio y abierto tratado de estética. En la obra literaria no ha de buscarse una fría corrección sino una desbordante belleza. La crítica no ha de ser un simple juicio objetivo, un minucioso análisis sintáxico, un estrecho proceso retórico. La obra poética no ha de ser hija de reglas medidas e inflexibles, sino fruto sazonado del temperamento del escritor y del poeta. El temperamento es vario, inquietante, y cambia y modifica los ideales. Por

lo mismo, no voy a examinar este libro, que es todo poesía y ternura, sentando conclusiones imperativas en nombre de los cánticos de la Literatura. Lejos de mí el análisis anodino que pretende fijar el molde de la perfección en las Letras.

Desde "Esbozos" a "El alma de los niños" el intelecto de Suárez León se ha doblado en sensibilidad y en exquisitez. Ha cobrado firmeza, vigor y originalidad; ha ganado en la hermosa factura de frase; ha esmaltado su prosa con primores de estilo; ha sembrado en sus párrafos toques gráficos que revelan una sensibilidad fuerte y penetrante.

Los escritos que forman este volumen son pocos y son breves. Son sonoros y argentados, y tan pequeños como las monedas de plata de los aristócratas libios, pero al mismo tiempo tan vibrantes y bien fundidos como las rodela broncíneas de los guerreros germánicos. La prosa es tersa y bruñida y en ella, donde el sol se refleja y brilla, se destaca el perfil suave, fino y delicado, del pequeño que ha despertado a la vida; de la hermanita mayor que se ha ido para siempre del santo hogar; del vagabundo enfermo que ha quedado abandonado, como ave bohemia, en la plazuela solitaria; de los muchachos que gritan y juegan en las playas y cuyas voces aletean sobre las olas, como blancas gaviotas; de los pilluelos que gorjean como pájaros, bajo el árbol viejo y frondoso entre cuyas hojas se ocultan los nidos. El mismo buril ha dibujado, en forma impecable, todas estas siluetas blancas y luminosas, y la pluma ha escrito todos estos "lieds" sentimentales y puros. Alguna vez el cuadro se ensancha en intensidad de visión, como aquel, en que la niña pobre y huérfana adivina en el aroma de las rosas blancas, el alma del hermanito muerto que en las alturas se asoma tras las estrellas. Solo una vez se transparenta en las páginas del libro el espíritu de rebelión

de Suárez León, cuando gafa al betunerillo, "y le empuja hacia adelante", con la blusa tremolando a todos los vientos de la calle como simbólica bandera triunfal."

Esta protesta no es de este libro. Rompe la visión plástica de serenidad y de armonía, de todas las otras escenas, tan bellamente sentidas; destruye los encantos suaves, candorosos, de un mundo divinamente infantil y tan poéticamente trazado. Hay que esperar, siempre, en todas las cosas, una oculta bondad; una bondad que salve y purifique. En el alma del betunerillo, aún "pisoteada toda su vida" y "comiendo el pan cotidiano con sabor de esclavitud y lágrimas", puede nacer la confianza, puesto que en el amor ha sido creada y purificada, toda la vida.

Suárez León adora las claridades lejanas del crepúsculo y los tintes vagos de los horizontes; por eso sus escritos están impregnados de sentimentalismo y llenos de inquietudes.

Es un soñador. Y gran cosa es esto. Los ensueños son secreto explicativo de muchas cosas misteriosas; los sentimientos puros, son la base de la sobrenaturalización del hombre, como los sentimientos torpes e innobles, le sepultan en la abyección y en las sombras.

Muchos escritores cincelan con frialdad, y ni rfen ni se conmueven: son todo voluntad. Otros razonan impasibles, en prosa marmórea: son pura inteligencia. Pero, ¿son así, en verdad? ¿No se adivina un fondo de sentimentalismo en todas sus obras? Acaso, lo fundamental en la vida, ¿no es el sentimiento? ¿No es lo más fuerte y más decisivo?

El sentimiento hace niño al hombre, se ha dicho. Sin embargo, la humanidad no se mueve, sino cuando la acción encierra una esencia sentimental. Sale, entonces, de su inactividad e indiferencia; entonces lucha,

trabaja y triunfa. Lo abstracto ni nos guía ni nos impulsa; nos impulsa y nos guía Dios, la fe, el amor, el sacrificio, la verdad, la patria. No son los filósofos, ni los historiadores, ni los hombres de ciencia mientras el fermento del entusiasmo no dé calor a sus lucubraciones y descubrimientos. Son los poetas, los oradores; son los que ríen, los que cantan, los que lloran; son los que corren tras las paradojas más extrañas, como corren los niños tras las mariposas de variados colores. Dejadlos hacer, porque, lo dice Suárez León, el alma del niño no ha muerto en nosotros: se ha dormido; y todos sentimos alguna vez, que en nuestro jardín interior, canta la divina alondra de la niñez.

Y no olviden los hombres serios, los lógicos, los prácticos, que la humanidad puede ser educada por principios e instruída por teorías, pero solo la mueve los ensueños y los sentimientos.

Es que, "en todo hombre existe siempre el niño".

Arturo Sarmiento.

OIDME, AMIGUITOS

A vosotros los niños, amiguitos que alegráis la vida y lleváis siempre el aroma de la verdad ingénua en los labios como la fragancia exquisita de vuestras almas, quiero dedicar este libro donde deseo encerrar las simpáticas inquietudes de vuestra edad de oro, y la armonía deliciosa de vuestra música interior...

Oidme, amiguitos. Quiero que guardéis este libro con la misma ilusión con que guardáis un juguete.

También este libro es un juguete; pobre juguete fabricado en el taller espiritual de quien siente y ama las eternas bellezas de la vida. Apenas lo comprendáis, y lo agitéis cariñosamente en vuestras manos, y lo co-

loquéis amorosamente sobre vuestros corazones, sentiréis que tiene la inocente música de una sonaja ideal, el ritmo candoroso de un cascabel de plata donde canta un ritornerlo de emoción y de ternura, el alma-niña del obrero romántico que lo ha forjado.

Para vosotros, amiguitos, quiero yo que sea este libro. En sus páginas están las risas y las inquietudes, las ternezas y las ingenuidades de la infancia. Cuando el tiempo pase rápido sobre vuestras vidas, y los dolores traizen en vuestras frentes su inevitable tatuaje de amarguras, y en vuestros ojos cuajen las temblorosas brumas de la ancianidad, abrid de nuevo este libro. El juguete, entonces, tendrá un aroma de evocación y de emotividad sugeridoras, y sentiréis que en vuestras almas,—como en la umbría de una selva dormida,—la voz lejana de unos niños que allí han vivido y han jugado, vuelve a vosotros a desgranar la perfumada música de aquel mismo cascabel de juventud que cantó a vuestros oídos en pretéritos tiempos ya esfumados, la divina alegría de los primeros años...

Oidme, amiguitos...

LA VOZ DE LA PLAYA

EN la playa. Sol de atardecer be-
sa el oro de la arena.

La playa está encendida de la maravillosa alegría de unos pequeños. Estos niños que juegan en la playa tienen un especial encanto. Parece que hay en su vivacidad, en sus voces, en sus inquietudes, la belleza de una música evocadora que tiene trémolos y arrullos de oleaje. El mar y los niños son dos inmensos poemas hermanos.

Las olas recogen tantas notas sueltas, tanta melodía rota, tan variada y alegre sinfonía infantil, y la arrastra hacia lejanas playas, a otros países extraños y desconocidos, bajo otra embriaguez de azul de cielo, frente a otra magestad de puesta de sol y de horizonte espléndido.

Las voces y las risas de los niños que juegan en una playa, repercuten en las playas de todos los países y van aleteando como blancas gaviotas de ternura sobre la canción de todas las olas, estremecidas por la caricia de todos los vientos...

¿No oís cuando una ola muere, que en su rumor hay como la revelación misteriosa de voces lejanas? Son las voces de esos niños que jamás hemos visto, pero que han jugado y reído bajo la gloria azul de otro cielo, junto al arrullo eterno de otros mares, y que llegan a la playa donde nos encontramos como el brujo relato de un sueño maravilloso con alburas de espuma y transparencias de cristal.

¿No adivináis en la música temblorosa de las olas el gozoso reír de unos niños invisibles? Es que en otras playas se ha estremecido el aire con las luminosas carcajadas de otros niños, y el mar repite enamorado esta alegría como una ofrenda de eternidad y como un himno milenario.

¿No sentís cuando estalla una ola, que la playa parece estremecerse como si vibrara en ella la armonía recóndita de mil voces de niños?

La voz de la playa, el alma de la playa, es el alma y la voz de todos los niños de la tierra...

ALTA LA FRENTE

HAY entre el gran número de muchachos betuneros que asaltan en calles y paseos a las gentes ofreciendo su trabajo, un chico que mueve a compasión más que ninguno otro. Es un pequeño de muy corta edad que al igual que sus compañeros, busca la vida con su caja de madera al brazo, su gorrilla raida y su blusa azul llena de manchas y de polvo,—el polvo y las manchas que parece quitar a los demás mortales,—para con ellas, como signos inconfundibles de su diaria tarea, ir pregonando resignadamente que ya trabaja y lucha.

Este niño que lleva en su semblante como una máscara de alegría truncada, sin duda gana menos que los demás. Es más pequeño,

y más tímido, y más acobardado que los otros que forman esa gran legión de simpáticos pilluelos que acosan y rodean al transeunte. Es un betunerillo que inspira mayor lástima que sus amigos de trabajo, porque casi sin saber que vive, la vida lo aplasta ya con sus desolaciones y miserias y pone sobre las pobres espaldas quebradizas la grave carga de su dolorosa pesadumbre.

¡Pobre pequeñín, que parece haber nacido de igual manera que le vemos ya por calles y plazas de la ciudad! Diríase que junto a su cuna colocaron como un signo afirmativo de su amarga predestinación esa pobre caja de madera que hoy constituye su bagaje y defensa; que en su cabeza pusieron desde que vino al mundo esa gorrilla mugrienta que cubre los rebeldes mechones de sus cabellos con un aire de inocente truhanería; que a su cuerpo no le ha cubierto otro ropaje que la misma amplia blusilla azul que hoy flamea agitada por el viento de la calle como humilde bandera del trabajo; y que sus pies,—desde que dió los primeros pasos,—fueron calzados con las mismas alpargatas silenciosas conque desfila por el ingrato camino de la vida. ¿Es que nació así, betunero y resignado este infeliz muchacho? Así parece.

Su endeble figura despierta una gran compasión. Al pensar en su suerte, un noble sentimiento de rebeldía se alza con arrogancias de protesta frente a las injusticias, el abandono y el olvido de una sociedad egoísta que muéstrase indiferente ante el dolor ajeno. ¿Qué va a ser de este niño, que empieza a aprender de las duras lecciones de la vida que es preciso arrodillarse a las plantas de los demás, para poder ganar estrechamente el pan cotidiano con sabor a esclavitud y lágrimas? Su vida será una cosa de depresión y empequeñecimiento. Sin saber aún andar con la firmeza del que desafía al futuro, sus piernas se doblan, baja humildemente la cabeza a los hombres, y casi muerde el polvo en actitud de vergonzosa prosternación...

¡Pobre betunerillo! Cuando puedas darte cuenta de que hay siempre que mirar al sol,— al sol que brilla como si todos los limpiabotas del mundo le hubiesen frotado por la cara rutilante el polvo de oro de todas las riquezas de la tierra y de todos los resplandores de los cielos,—; cuando comprendas que el trabajo debe ser salud, libertad, dignificación, himno y alegría; cuando sepas que no vale arrodillarse en silenciosa adoración de esclavo, entonces, pequeño que hoy te resignas llevando en el

semblante el sello amargo de una alegría trun-
cada, darás tu despedida a la negruzca cajita
de madera que es tu bagaje y sobre la cual pi-
san a diario los que pisotean también tu vida,
y sabrás de la vida algo que todavía nadie te
ha enseñado. Sabrás que es necesario cami-
nar erguido, con la frente alta y la blusa tre-
molando a todos los vientos de la calle, como
una simbólica bandera triunfal...

HOMBRES Y NIÑOS

EN todo hombre existe siempre el niño. Cuando el niño se hace hombre, esa transformación fisiológica, ese cambio de la envoltura exterior, no anula ni extingue el sublime alborozo de la primera edad. Todos, jóvenes, viejos, espíritus sombríos y optimistas, amargados de la vida, rebeldes y criminales, ignorantes y románticos, desengañados y soñadores, todos sienten alguna vez en un instante jovial y risueño, que en su jardín interior canta la divina alondra de la niñez. ¡Espantosa vida la nuestra si en nosotros espirase definitivamente la ternura y el aroma de la niñez pasada!

En medio de las luchas, de las decepciones, de los dolores, de los trallazos de la adversi-

dad, nos alienta y fortalece sentirnos alguna vez niños-grandes.

El alma del niño no ha muerto en nosotros: se ha dormido; y en un instante de feliz florecencia espiritual, ese alma,—que sueña en la cuna ideal de las emotividades y de los recuerdos—, despierta nuevamente a la vida y nos torna amables, dispensadores, buenos. Ese momento, tiene toda la suprema grandeza de un saludo de sol. Es que amanece entonces en el alma de los hombres, porque el alma del niño tiene siempre delicados encantos de alborada.

Un niño, es cosa sagrada. Educarlo, enseñarle, dirigirle para hacer de él un hombre útil y no un ciego instrumento del egoismo de la sociedad, es la más elevada misión que debe cumplirse. Ante un niño, yo me descubro respetuosamente como ante el altar de una religión donde el alma se eleva como una hostia sacra de amor y de fé.

Sobre los hombros débiles del niño donde parece tiembla la luminosa iniciación de un rico poderío de luchador, descansa el enorme andamiaje del mañana. Diríase que están hechos para transportar tan sólo una liviana carga de rosas, y sin embargo tienen que sostener el peso de ese edificio misterioso del futuro.

Cada niño es un signo de interrogación al porvenir. El porvenir está en sus manos como un enorme juguete peligroso. Ese juguete, amiguitos, no está a vuestro alcance para vuestro esparcimiento y recreo, sino para que lo estudiéis, para que lo perfeccionéis, para que le hagáis funcionar en bien de todos.

Es necesario que los hombres se den perfecta cuenta de lo que cada niño significa, de lo que vale y representa en medio de éste torbellino de pasiones, de odios, de rencores, de acechanzas y de ingratitudes que forman el venenoso sedimento social en que vivimos.

Son los niños un anuncio de prosperidad futura, una luminosa afirmación del mañana. Llevan en sus almas un despertar de primavera y en sus frentes un divino resplandor de alborada.

Debiera existir un castigo severísimo para los padres y autoridades que arrojan al arroyo de la ignorancia a los niños. Cada niño, como dijo el poeta, es una isla espiritual caída del cielo.

Son los niños algo tan respetable y valioso, que ante ellos se detienen las más ruines pasiones y los más criminales instintos. Recuerdo que hace años presencié la proyección de una película con una escena altamente con-

movedora. Ella dice cuanto vale un niño y la influencia que ejerce aún en los momentos sombríos en que anda suelta la bestia de la destrucción y del crimen.

Oid, amiguitos, el relato sencillo y tierno de aquel episodio: Un ladrón penetró en la casa de unos ricos señores; escaló las verjas del jardín; desfiló sigilosamente por los enarenados paseos; se arrastró cautelosamente junto a las paredes del edificio; trepó por una balastrada; valióse de un hierro, propósito para vencer todos los secretos de las cerraduras; abrió una ventana, y penetró en la habitación donde había de realizar su infame fechoría. Tanteando en las sombras, aquel hombre que iba dispuesto a todo, a robar y a matar, avanzaba amenazador, poniendo en sus actitudes la insinuación de una tragedia. De pronto, tropieza en una cama. Se dá cuenta de que alguien duerme en ella, cree que es llegado el momento de evitar el peligro destruyendo una vida, y en su mano brilla el puñal homicida. En el instante en que alza el brazo para descargar el golpe, un rayo de luna penetra por la ventana abierta, y aquel hombre-fiera advierte que quien duerme tranquilamente en el lecho es un niño. La escena cambia, súbitamente; el gesto amenazador del ladrón se torna suave y sere-

no; en sus ojos no brilla entonces la ferocidad de la bestia sanguinaria; su brazo cae en un desplome de vencimiento y de desmayo; se descubre respetuosamente ante el encanto de una vida en flor, y avergonzado, humillado, vencido, abandona sus propósitos y huye entre las sombras. Veán, pues, los hombres, lo que vale y significa un niño.

Cuidémonos de elevar sus corazones en ofrendas generosas hacia ideales redentores, como rojas golondrinas que buscan la luz con fortadora de nuevos horizontes...

EL ARBOL RUMOROSO

HAY en nuestra «Plaza de San Bernardo» un viejo árbol, frondoso y rico en galas de esmeralda, que recoge todas las tardes en el misterio de su enmarañada cabellera, un orquestal hervidero de gorjeos de pájaros.

En éstas tardes lánguidas, de una suave somnolencia primaveral en que parece flotar en el aire diáfano la maravilla de un ensueño, centenares de pájaros cantan y despiden al día.

Todo el que pasa por éste lugar, mira a lo alto, escucha aquel alegre y sonoro rebullir, y continúa su camino bautizado por una lluvia de aleteos y píos que descende del árbol viejo como una alada bendición de paz.

El árbol añoso se estremece sacudido por una tierna vibración de vida, y más que hojas parece le han brotado gorjeos y consoladoras tibiezas de nidos. En éstas tardes serenas, evocadoras y dulcemente luminosas, el árbol está todo florecido de aleteos de pájaros cantores. Parece un anciano que se anima y revive al conjuro de los bellos recuerdos del pasado.

El viejo árbol es una jaula colosal sin puertas de prisión ni tiranías frágiles de encierros. Es un arpa gigante donde el viento enreda su quejumbre o engarza su cantar; donde el sol tiende la amplia magestad de su admirable manto de oro; donde las aves salpican de musicales caprichos incopiables los escondrijos del alto ramaje.

Los niños de la vecindad, unos chicos revoltijeros que tienen en sus juegos la inquietud y el bullicio que hay en el viejo árbol, todas las tardes ríen y alborotan por las amplias aceras de la Plaza y escuchan la alegría temblorosa del árbol rejuvenecido. Entonces el júbilo es general y único como si el alma bruja del crepúsculo, animada de sortilegios de candor y de ternura, vibrara en la paz bendita del atardecer y se hiciese también temblor de ni-

dos, gorjear de pájaros, y alborozos de niños...

¿Es que ríen los chicos en el árbol, como niños de plumas, o es que cantan las aves en la calle como almitas de niños? No se sabe, porque todo es la misma música, y en todo hay esa misma armonía deliciosa que brota de una lírica exaltación sentimental. Sólo puede decirse que voces y gorjeos se confunden, y que en el viejo árbol parecen hacer también sus nidos los anhelos y las gracias de los niños que juegan en la calle.

Entonces es cuando en los ojos de los pequeños, en las frentes donde diríase que brilla la gloriosa epifanía de un amanecer, en la fruta roja de sus labios prometedores, se advina el temblor de una oración que dice: ¡Oh, quien tuviese siempre el alma tan llena de rumores como este árbol, tan estremecida de aleteos como este ramaje, tan dulcemente azul como este crepúsculo!...

Y la tarde, bellamente dulcificada por una caricia misteriosa de emoción y de ternura, es como una cuna fugitiva donde la voz funambulésca de las horas, tiene suavidades de arrullo maternal para los niños que juegan bajo la protección del árbol rumoroso.

HA NACIDO UN NIÑO



HA nacido un niño en la casa de una familia pobre. Fué de noche cuando vino al mundo el pequeñín. La tragedia desgarró las entrañas maternas, y en el silencio de la calle solitaria la voz de la madre sonaba como un alarido de amor bañado en sangre.

Los vecinos nada oyeron. El viento arrastraba las quejas calofriantes de la pobre mujer, y las llevaba lejos, como un roto trofeo de sacrificio y de dolor para enterrarlo misteriosamente en la calma solemne de la noche...

En la casa de la familia pobre ha brotado una estrella. Un niño que nace tiene todo el encanto diamantino de una estrella que asoma en el cielo de sombras de la vida. Cuando na-

cè un niño, parece que todos los rosales de todos los jardines se cuajan de flores, y hay en sus brotes un temblor divino de célicas constelaciones. Y es que niños, rosas y estrellas; tienen un mismo perfume, y una misma gracia, y una misma inquietud de luz de infinito...

El hogar humilde se ha iluminado de pronto con la llegada del recién nacido. Junto a la cama donde la madre duerme con livor de espanto y de tragedia, el pequeño descansa. En la habitación, dulcemente envuelta en penumbras, hay algo de una suprema grandeza que dá al cuadro esa pátina de amoroso recogimiento que tiene todo el prestigio de una leyenda bíblica. La pobreza sublimiza el momento; las privaciones y miserias que una admirable previsión disimula, ahora se agrandarán frente al problema de una nueva vida. Pero aunque así suceda: ¿no vá la casa pobre a tener el encanto de una vocesita infantil, la gracia alada de unos brazos que se agiten implorando caricias, el florecer de nuevas sonrisas? No vale entristecerse. Todas las sombrías complejidades de la vida, todas las ocultas tragedias del espíritu, todas las turbulencias del amargo luchar cotidiano, se aquietan y ador-

mecen frente a la poderosa placidez de la sonrisa de un recién nacido. Y la casa pobre donde tanto se sufre y se lucha, tiene ahora el estímulo que imprime al continuo batallar, el brujo sortilegio de una nueva vida...

El hermanito mayor, un pequeñuelo de ocho años, ha despertado. Le han enterado de que tiene un nene en su casa, y ha ido a verle con el asombro asomado a sus pupilas negras y un jadeo de curiosidad aleteando en los labios. Le ha mirado fijamente, respetuosamente; como debe mirarse lo desconocido, lo que no se sabe de dónde viene ni adónde vá, con esa temerosa expectación que inspirara el desfile de un aventurero que lleve en su frente una encendida interrogación al futuro, hecha de misterio y de infinito.

Poco después, algunos chicos de la vecindad acudían a la casa del recién nacido. Fueron llamados por el hermano de ocho años que quiso mostrarles la cara sonrosada y mofletuda del mamoncillo. Los pequeñuelos entraron de puntillas, cuidadosamente dirigidos por Maruja: una chica triste y pensativa, raramente pensativa, que tiene ya todas las delicadezas de la mujer sensitiva y posee como un anticipado tesoro de emoción, los cuidados y

ternuras de una madrecita prematura de once años.

En la habitación donde el pequeño duerme arrebujado en una ropa blanca que huele a pobreza limpia y sufrida, los amiguitos de la vecindad han entrado con ese recogimiento silencioso con que penetran en el templo los fieles y devotos. Fué un desfile angélico de cabezitas adorables, de sueltas guedejas, de negros cabellos y cabellos de oro; y en torno a la cuna,—como asomados a un remanso donde se mira la luminosa magestad de las estrellas,—los niños miran al recién nacido. En ese instante, el pequeñín despierta; abre los ojos quizás para mirar al cielo, y tropieza con un cielo mejor en cada una de las pupilas de los otros niños. Diríase entonces que hay en el encuentro de esas miradas una indescifrable revelación de cosas aún no comprendidas ni soñadas, pero que tienen el aroma de un jardín extraño donde tan sólo hay blancuras de lirios y azucenas en la alba fiesta perenne de unos desposorios de luna...

Los niños han salido con el mismo silencio y cuidado con que entraron. Ya en la puerta, ha surgido el diálogo:

—¿Te gusta el nene, dí?

—Todos los niños gustan; ¿no es verdad?

Y uno de ellos, *vivaracho* y *preguntón*, ha planteado un tema trascendental.

—Oye, dime, *Maruja*; tú que sabes más que todos nosotros; cuando abrió los ojos el niño, ¿qué miraba...?

Maruja no contestó; nadie podría contestar a esta pregunta desconcertadora del pequeño, porque nada hay tan inmenso, tan raramente inexplicable, tan ungido de grandeza y de misterio, como la mirada de un recién nacido. ¿Qué mira un niño? ¿A dónde mira? ¿A quién mira? Su mirada, de una dulce fijeza, tiene la amplia magestad de las cumbres, la serena maravilla de la lejanía y del infinito...

VESPERAL



EN la alegre plazoleta, junto a los parterres florecidos, en una tarde serenamente azul de Mayo, hay niños que cantan y ríen. Tienen la canción y las risas de los pequeñuelos junto al rumor del agua que desgrana el surtidor en el estanquillo cercano, la dulce sugestión de una rima tierna y perfumada. El sol de la tarde pone en la música de oro de tantas voces el oro lejano de su desmayo luminoso; se posa sobre las frentes de los chicos—que alocados e inquietos llenan el aire de voces y cantares—el ensueño azulado del atardecer; y hay prendidos a sus cabellos, en la blancura de sus trajes vaporosos, en la viveza de sus pupilas poemáticas, suel-

tos chispazos de un recio sol metálico en la dulce tarde musical y fragante...

Cae de lo alto, del palio azul del cielo, un rocío de paz y de amorosa protección sobre las cabezas de los niños que juegan; sube hacia lo alto, del humano hormiguero que en la tierra sufre y llora, el divino arpegio de voces inocentes, de expansiones ingénuas, de inquietudes sugeridoras, de tantas almas blancas que vibran de alegría en un ritmo armonioso de candor y de vida.

En uno de los bancos de la plazoleta, se ha sentado un niño. Es un niño que no juega, que no canta, que no ríe, que no suma su voz al concierto alocado y sonoro de los niños felices. Es un niño pobre, astroso y enfermo que por allí ha pasado, y la alegría de los demás ha prendido en su alma como una extraña flor de luz, y entonces se ha detenido contemplando el cuadro.

Tiene este triste vagabundo en su semblante la amarillez del oro vespéral; en su frente deprimida y sombría parece que el dolor ha cuajado un colosal topacio que rima con la agonía ambarina de la tarde, y hay en sus ojos el reposo de un ocaso de ensueños... Diríase que simboliza la resignación inconsciente, el

amargo fatalismo de una herencia que ha vertido en su cuerpo frágil y enfermo la cruel carcoma de una infusión trágica.

Siente que la alegría sana y limpia de los otros niños pasa junto a él como una jocunda floración espiritual, y su alma, vestida también de harapos de melancolía y de girones de sombras, se estremece súbitamente acariciada por la música feliz de los pequeñuelos saltarines. El enfermito compara entonces su pobreza con el lujo de los otros niños: oye sus voces que suenan como gozosas campanas de plata y de cristal en el aire limpio y perfumado de la tarde de Mayo, las compara también con su voz rota, débil, desgarrada, semejante a una ahogada lamentación bañada en lágrimas, y hay entonces en su espíritu como un sombrío atardecer donde un coro de voces plañideras dicen una elegía sentimental...

Casi es de noche ya. Los pequeños se despiden. Las nenas se besan, se arreglan los cabellos enmarañados y los lazos deshechos donde ha jugado el sol, y la plazoleta vá quedando silenciosa, igual que si empezaran a recogerse en sus nidos los pájaros bohemios que

salpican de trinos y de notas el rumoroso refugio de los árboles.

Van llegando las domésticas en busca de los niños. Los llevan a los brazos de sus madres y a la dulce tibieza del hogar feliz; los llevan a las casas donde aguarda la comodidad, el cariño, la camita limpia y la comida abundante; donde hay besos, y golosinas, y juguetes; donde muy pronto se posarán sobre alguna de éstas frentes,—como tibias mariposas de piedad,—unas manos blancas de mujer ideal que anuncian el sueño, mientras en el hogar donde hay serenidades de claustro, se refugia el recogimiento y el silencio.

La plazoleta ha quedado ya sin canciones fragantes ni iluminadas voces infantiles. El surtidor continúa desgranando su roto rosario de perlas cantarinas como en un caprichoso juego malabar, y en lo alto empiezan a asomar los primeros temblores de plata de las estrellas.

De la escena de la tarde sólo queda el vagabundo enfermo. Ha tocido roncamente, sordamente, con persistencia dolorosa, y sus harapos han quedado salpicados de sangre cual si brotase de su pobre carne atormentada la roja alarma de unas reveladoras amapolas trágicas...

LOS NIÑOS JUEGAN...



JUGABAN los niños.

Un juego improvisado donde una visita inesperada, ponía en la familia infantil un júbilo sonoro de risas, exclamaciones, saludos, besos y preguntas.

La visita la forman dos chicas y un pequeño de dos años que aún no habla, pero que sabe observar con la fijeza desconcertadora de un vidente precoz.

Una de las hembras, rubia, de ojos zarcos y frente serena, hace de abuela: y para caracterizar con mayor fidelidad el personaje, anda encorvada graciosamente, mueve la cabecita adorable como en senil temblequeo, y lleva unas antiparras que cabalgan inseguras sobre

el empingorotado pellizco de carne con nombre de nariz.

La nietecilla es una morenucha inquieta, locuaz, que tiene en su fabla atropellada el tesoro musical de una greguería de pájaros, y en su reir la frescura cantarina de una fuente.

El hermanito es el varoncillo silencioso, al parecer meditativo, que ajeno a la comedia que traman las familias amigas, y despreciando miramientos y austeros formulismos sociales, ha sacado un chocolate del bolsillo del delantal y ha embadurnado su cara sonrosada con la dulce ofrenda de la golosina. Y mientras las mayorcitas charlan jugando a ser personas mayores, el pequeñín come: es un rasgo de filosofía y práctica infantil que revela un carácter...

La conversación se anima y la encantadora farsa tiene un grato perfume de ingenuidad que nos torna optimistas.

La que hace de viejecita,—abuela de cabello de oro y un poema azul en la mirada,—relata las travesuras del pequeño. El nietecillo,—al decir de la anciana de ocho años,—ha cogido un día al perrillo de la casa y lo ha lanzado en la tina preparada para el baño; luego ha tomado un pan a hurtadillas, y se lo ha llevado a su nueva vivienda. El animalito chapo-

teó largo rato ahullando lastimeramente, mientras Periquín se disponía a llevarle un nuevo panecillo.

Todas las chicas reían las adorables maldades del chicuelo, y éste continuaba saboreando silencioso su golosina, como el héroe que escucha con deleite el relato de las osadías de su leyenda.

Más tarde, la conversación salpicada de giros gráciles, de cabriolas gramaticales, de frases incomprensibles, de palabras rotas, varió de ruta y colorido. Se hizo alusión a la reciente enfermedad del pequeñín. Se habló de los días tristes en que guardó cama y bebió cosas oscuras y amargas traídas de unas tiendas silenciosas que huelen mal, y recordaron haberle visto muchas veces dormido, muy pálido, vendada la cabecita con unos paños fríos. Y dijeron que en la casa donde los criados miraban asustados, hablaban en voz baja y caminaban de puntillas, lloraban los padres y la abuela,—la abuela de verdad,—la octogenaria, la de cabellos de plata y mirada de bruma.

Y al decir ésto, la comedia inocente que había arrancado a la realidad un trozo de la vida, tintóse de una melancolía indescifrable, diáfana y vaporosa como la infancia misma. Diríase que las almitas de los niños, hechas de

nieve y rosas, se enlutaron súbitamente con el dolor, y sobre ellas pasó el aleteo de una pena. Los semblantes se entristecieron lo mismo que en las inevitables tragedias de la vida.

El pequeñuelo miraba fijamente a todos como si interrogara sobre aquel episodio de su vida en peligro. La hermanita locuaz, de ojos negros, calló también y se quedó seria, con seriedad reflexiva que bucea en la gravedad de los hechos...

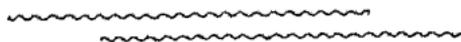
Y la adorable abuelita de la inocente farsa, la niña que encorva el cuerpecillo y camina temblorosa como una dñda de los años, ha tenido un rasgo sublime, sentimental, rasgo de actriz notable que ha sabido sentir hondamente su papel. Se ha quitado las gafas, las ha limpiado cuidadosamente, y ha enjugado como a hurtadillas el cristal de una lágrima fingida...

TEATRO PARA NIÑOS

EL ALMA de los NIÑOS (DIÁLOGO INFANTIL)



(ESTRENADO EN LAS PALMAS EL
DIA 18 DE NOVIEMBRE DE 1920)



DEDICATORIA

A mis inteligentes amiguitas Concha y Paca
Mesa Suárez, admirables intérpretes de este
diálogo, con toda mi predilección y afecto.

El Autor,

PERSONAJES

Conchifa. (niña de 11 años)

Pacota (" " 7 ")

La escena

*Decorado de sala lujosa. Mobiliario elegante, de buen gusto.
Es de día. Por la ventana que dá al jardín, penetra
la canción dorada de un rayo de sol.
Sobre mesas ligeras, llenas de objetos de arte y delicadas
figulinas, hay una verdadera invasión
de flores.*

A TELON CORRIDO

Dos palabras

del

Autor al público

VAIS a oír, señoras y señores, un diálogo infantil: una cosa aromada de sencillez, de ingenuidad y de dulzura. No tiene otro valor. Este sencillo pasaje de la vida, está hecho,— más que con palabras,— con sentimientos y tiernas emociones.

Yo suplico a todos un poco de benevolencia y mucho de infantilidad en la apreciación de lo que en él se diga. Y si es verdad que todos llevamos dentro un niño dormido, haced, señoras y señores, porque ese niño despierte ahora un instante.

Ponedlo frente a las encantadoras revelaciones de los pequeños personajes de mi diálogo:

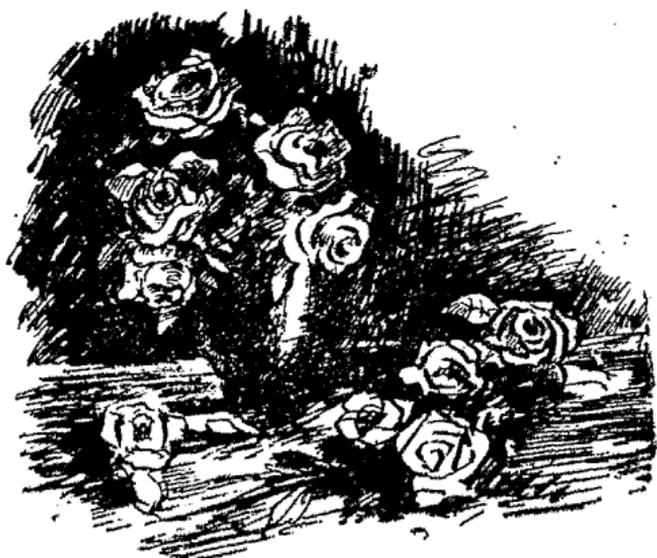
dejad un momento olvidadas las inquietudes y serias preocupaciones del vivir cotidiano: pasad las manos por vuestras frentes como para barrer de ellas todo fosco pensamiento: decid quedadamente al corazón que solo sepa en este iluminado instante, de ingenuidades y ternezas infantiles: que asome al ventanal de vuestros ojos.—atormentados quizá muchas veces por la tragedia silenciosa de las lágrimas,—la amplia alegría de los años de oro: preparad el espíritu como para una regocijada fiesta de amor y de paz, de candidez y de ternura, y ya veréis entonces, cómo así predispuesto el ánimo, "EL ALMA DE LOS NIÑOS" será el alma de todos.

Os van a hablar dos niñas, de las alegrías del vivir fastuoso, y de las tristezas del vivir empobrecido. Sus boquirritas se juntarán en un sublime beso de admiración y afecto, y al conjuro de esta enternecedora manifestación de amor, diríase que la humanidad se torna buena, dispensadora, amable; como si todas las bocas se besaran plenamente iluminadas de un santo amor fraterno: como si todos los espíritus naciesen en ese instante a la vida, arrullados por la música divina de un único arrorró.

Y nada más; callemos, pues, los grandes, que ahora deben hablar los pequeñuelos,

ESCENA I

(Conchita, lujosamente ataviada, toca el piano. Por la puerta de la derecha, aparece Pacota pobremente vestida, despeinada y con su traje remendadito.)



PACOTA

(Llamando a la puerta.) ¿Estorbo, nena?

CONCHITA

(Suspendiendo su lección.) Entre quien sea.

¡Oh, si es Pacota! Entra, chacha, entra. ¿Tienes miedo?

PACOTA

(Asustadilla y mirando a todas partes, como si no pudiese habituarse al lujo del ambiente.) No, miedo no; ¡como estoy tan sucilla!

CONCHITA

Sí, es verdad. Pero... ¿has llorado? ¡Qué tonta! Yo no lloro nunca. Mamá me dice siempre que llorar es una cosa muy fea. No se debe llorar, ¿sabes?, porque cuando los niños que tienen padres, lloran, es que sus padres no los quieren. *(Transición.)* Bueno: no lo digo por tí; a tí sí te quieren, ¿verdad? *(Pacota ha avanzado lentamente, escucha pensativa, y se ha colocado junto al piano tecleando en él maquinalmente.)*

PACOTA

Debe ser verdad, cuando tú lo dices...

CONCHITA

Díme; ¿por qué lloras tú? ¿por qué has llorado hoy? ¿por que estás sucia? ¿por que no tienes unos zapatos brillantes y unas medicitas nuevas? ¿por que no tienes un piano grande, como éste?...

PACOTA

(Como si hablase consigo misma, fija la vista en el suelo, y casi haciendo pucheros.)

Porque mi casa es triste, nena: porque no tengo juguetes bonitos como tienes tú: porque no hay flores ni hay luz donde yo vivo.

CONCHITA

¿Te gustan las flores?

PACOTA

(Con vehemencia, y acercando la carita al ramillete más cercano.) ¡Oh, sí! ¡Huelen tan bien! Oye, nena; ¿por qué huelen las flores?

CONCHITA

(Vacilando) Será... será... porque... son buenas. Yo he oído decir a mi papá, que el alma de los niños también tiene su aroma. Y yo he pensado: como los niños



muerdos van a la tierra, y la tierra dá flores, el olor de las flores debe ser perfume del alma de los niños...

PACOTA

(Oliendo una flor.) ¿Y de qué niño será este olor de alma? No será de Gregorillo, el hijo del carbonero, porque, ¡andaba siempre tan tiznado y sucio el pobrecillo!

CONCHITA

¡Qué tonta eres! ¿Quieres que juguemos?

PACOTA

¿No traes tus muñecas? Ayer ví entrar a tu Papá con una caja grande... ¿era otra muñeca? *(Conchita afirma.)* ¿Sí? ¿Porqué no la traes, para yo verla? La pondremos flores, la arreglaremos como si fuese de visita, tocará el piano... ¿quieres, nena?

CONCHITA

Jugaremos aunque no sea más que un ratito. Voy por ella. *(Mutis por la puerta de la izquierda.)*

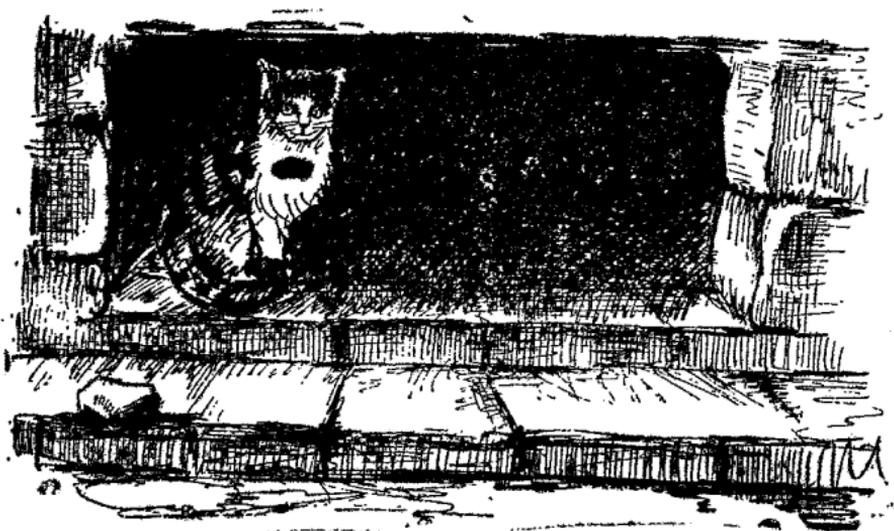
ESCENA II

PACOTA

(Mirando a su alrededor, con admiración.)
¡Si yo tuviera una casa así! *(Tentando los mue-*



bles.) Todo tan suave, tan limpio, tan bonito...
¿Porqué todos los niños no vivirán lo mismo?
Conchita dice que no se debe llorar; pero... ¡a
mi me dan unas ganas tan grandes de llorar to-
do ésto!... Es decir, ésto, no: aquello, lo otro,
mi casita chica, oscura, medrosa. Y luego,
¡como no tengo un hermanito con quien jugar!
No tengo sino al gato, y... ¡es tan negro y tan
feo!...



¡Si no se hubiese muerto mi hermanito...!
Ayer, cuando ví entrar al papá de Conchita
con aquella caja grande donde venía una mu-
ñeca, me acordé de Pepín. ¡Pobre hermanito!
¡También se lo llevaron en una caja blanca,
como una muñeca grande, rota, dormida! A
mi amiguita le traen regalos y juguetes; a mi...
(*suspirando*) ¡hasta el muñequito de carne

que tenía, me lo han quitado para que no juegue!

(Acercándose a los ramilletes que adornan una de las mesas.) ¿Estará aquí el alma de Pepín, oliendo a niño? *(Eligiendo entre las flores, cogiéndolas y soltándolas rápidamente, oliéndolas, como si quisiera así saber del alma de su hermano.)* ¿Será ésta? ¿Será ésta otra? ¿Cómo, madrita, cómo será el alma de Pepín? *(Pensativa.)* Cuando se lo llevaron aquella noche triste, se fué con un vestido blanco... *(Cogiendo súbitamente una rosa blanca y besándola.)* Sí, esta debe ser; blanca como su ropita, como sus manos, como su cara. *(Oliendo la rosa.)* ¡Ay, Dios, qué bien huele el alma de mi hermanito! *(Mira a hurtadillas, besa la flor, y la guarda en el bolsillo de su delantal remendado.)*

ESCENA III

(CONCHITA Y PACOTA)

CONCHITA

Ya estoy aquí. *(Trae una muñeca grande y otros varios muñecos: un golfo, un guardia y un bebé. Mostrando la muñeca grande.)* ¿Te gusta la muñeca nueva? Mira que ojos tiene: son negros y grandes, como los tuyos.

¿Sabes cómo se llama? (*Dicho con orgullo.*)

¡Nell!

PACOTA

(*Conteniendo la risa.*) ¡Huy, Nell!

CONCHITA

(*Algo molesta.*) ¿Porqué te ríes? Nell dice mamá que es la nieta de un hombre de mucho talento que se llamaba don Benito...

PACOTA

Pues Nell se llama también la perra del que vende cestos en la esquina...

● CONCHITA

¡Anda, tonta, tú que sabes? ¿Jugamos? Ven, siéntate aquí. (*Se sientan en el sofá que habrá en el fondo, junto a la ventana.*) Un ratito chico, nada más, ¿eh?, que voy a salir con mamá. (*Las dos niñas cogen las muñecas, las visten con trajecitos que habrá traído también Conchita, las adornan con flores, y las hacen mil cariños.*)

PACOTA

¡Qué linda es tu muñeca! Parece una hermanita buena; (*acariciándola*) tan calladita, tan humilde, mirando siempre a todos con esos ojos negros y grandes que nunca se cierran. ¿Porqué, nena, no duermen las muñecas? Si yo

tuviera una muñeca así, la acostaba conmigo, la contaba cuentos de brujas y la arrullaba hasta que se durmiese.



CONCHITA

(*Con graciosa incredulidad.*) ¿Y si se te moría?...

PACOTA

La volvería a ver. Don Miguel, aquel cura viejito que viene a casa, me dijo un día que las muñecas y los niños,—porque también nos—

otros somos muñecas que hablan, y comen, y ríen;—al morir, íbamos todos al cielo para allí seguir jugando.

CONCHITA

(Interesada ya por la revelación de Pacota.)
¿Eso te dijo? Entonces los niños que se mueren...

PACOTA

Yo creo, nena, que es que se han aburrido pronto de jugar aquí, en sus casas, y en las casas de sus amiguitas, y se van a jugar allá arriba, al ~~o~~, a ese patio grande, lleno de luz, donde dicen que nunca es de noche. ¡Lo que me gustaría a mi jugar tan alto! *(Alzando los brazos como midiendo la distancia.)* ¡Qué lejos, verdad?

CONCHITA

¿Y dices tú que nunca es de noche en el cielo? ¿Y las luces que se encienden allá arriba desde que aquí oscurece? ¡Tú qué sabes!

PACOTA

También dice el curita viejo que son los ojos de los niños que miran a la tierra. *(Asomándose a la ventana y mirando al cielo.)* Ahora no miran, nena. ¿Qué harán ahora tantos niños juntos? ¿Jugarán al corro? ¿Comerán bombo-

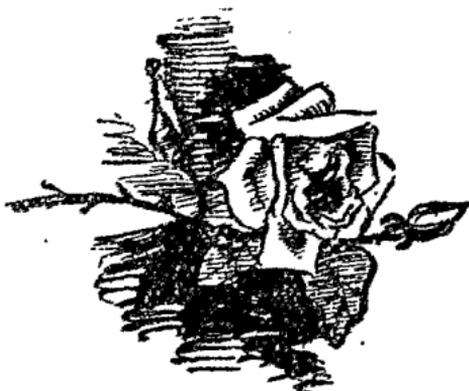


nes?... Se lo preguntaré al curita, que debe saberlo. (*En este momento suenan las once en el reloj de una de las habitaciones interiores. Conchita ha suspendido su juego: recoge las muñecas: coloca cuidadosamente las flores en los sitios donde se hallaban.*)

CONCHITA

¡Qué tarde! Me voy, chacha, que ya oigo el automóvil, y mamá me vendrá a buscar enseguida. Otro día jugaremos más. Dame esas flores, que no está bien te las lleves sin que

mamá lo sepa: todo lo que se oculta, siendo ageno, «es una maldad». (*Márquense bien es-*



tas últimas frases.) Un beso. (Sebesan.) Otro. (Fijándose en Pacota que ha bajado la vista entristecida y mira atentamente la rosa escondida en el bolsillo de su raido delantal.) ¿Pero qué tienes? ¿Vas a llorar porque me voy? ¡Qué mimosa! Hasta la tarde, ¿eh?. Me llevo mis muñecos... (Váse corriendo alegremente, abrazando y besando las muñecas.)

ESCENA FINAL

PACOTA

(Como en un dulce y triste monólogo sentimental, sublimizado por el perfume de un recuerdo luminosamente infantil, saca cuidadosamente la rosa del bolsillo, la besa, mira al cielo, suspira, y hace mutis despacio, muy despacio, como si viviese un momento

de encantador so-
nambulismo.) ¡Un a
maldad...! No: yo me
llevo el alma de Pe-
pín, que huele a ro-
sas...!



TELON

LA HERMANITA MAYOR

DEBE ser un dolor enorme, dolor de tragedia sentimental, dolor de intenso desgarramiento, la muerte de un hijo. Cuando ese hijo es el hijo mayor, y la casa donde vivió queda llena de recuerdos, y en cada rincón hay como una misteriosa señal del que se ha ido, y en las habitaciones parecen escucharse sus pisadas, entonces se debe sentir la opresora angustia de las mayores catástrofes espirituales, y en el alma queda también el eco de la voz querida que apagó la muerte...

Mi hermana, la hermana más vieja, la que ha sufrido resignadamente los más crueles zarrazos de la pobreza y de la vida, ha perdido hace días su hija mayor. Una muchacha tan

delicada y tan espiritual, tan iluminada de las mayores bondades, que su muerte ha sido para todos como si nos hubiesen arrebatado el sol. Se ha hecho de noche en nuestros espíritus porque ella se llevó algo que era la luz y el amor de los suyos.

Esta hermanita mayor murió lejos de los demás hermanos; unas muchachas que adoraban en ella, y unos pequeñuelos rubios, con azulados ensueños en las pupilas. Murió en el campo, y su cuerpo fué trasladado a la ciudad en una caja sencilla, blanca, con la blancura y la sencillez de su alma perfumada de infantilidad y de dulzura.

Fué una tarde de Junio. Una tarde de luz y de belleza primaveral cuando la hermanita mayor desfiló por última vez por la carretera polvorienta que tantas veces recorrió, para ahora ocultarse definitivamente, como en un rasgo de absoluta renunciación, en la casa silenciosa donde los muertos viven durmiendo su sueño de quietud y de misterio.

Bajo la jocunda caricia azul del cielo, sus ojos dormían; sus manos cruzadas sobre el pecho con el desmayo de dos lirios rotos, diríase adoraban en éxtasis de idolatría póstuma el prodigio luminoso del atardecer...

A la noche siguiente fui a casa de la muerta. Las hermanas fingían sonrisas que eran como dolorosas añoranzas. La casa pobre,— más pobre ahora que nunca porque ha perdido el tesoro de un espíritu ejemplar,—tenía como una pátina angustiosa de desolación.

Muchos familiares habían ido a consolar a los padres de la recién fallecida. Decían cosas indiferentes, ajenas al dolor, para ahuyentar aquel mismo dolor que en todos anidaba; fingían los semblantes una tranquilidad que no existía; tenían las palabras un tono de aparente calma, pero yo veía en ellas algo de sollozo contenido, de continuo recuerdo que luchaba en todos los espíritus por salir a los ojos y a los labios convertido en ofrenda de amorosa emoción sentimental.

Los hermanitos pequeños, allí estaban también. Entreteníanse en mirar las láminas de unos libros viejos, y sus cabezas formaban junto a la luz de la lámpara, un capricho inspirado de pintor místico que hubiese trazado aquel grupo angélico en el silencio de un momento revelador.

Cogí al sobrinito más pequeño y lo senté sobre mis rodillas. Tenía una sombra de tristeza en sus pupilas como si a sus ojos asoma-

ra un recuerdo. ¿Qué decían en aquel instante los ojos del niño? ¿Porqué torturadora coincidencia creí ver en la mirada del pequeño, la mirada de la hermanita mayor? Sus labios sonreían, sonreían siempre inocentemente, pero en sus ojos seguía temblando el misterio de otros ojos, y en el cristal azul de sus pupilas había la sublime dulzura de la muerta. Besé entonces los ojos del niño, y hubo en mi espíritu la rara sugestión de un alucinado...

Yo quería que el pequeñuelo no se entristeciera viendo tanta gente enlutada. El color negro espanta y amedrenta a los niños. Entonces le dije que aquella misma noche, la hermanita mayor vendría a verlo. Cuando él durmiera, descansando en su camita pobre, ella volvería a su lado y le traería en su delantal blanco,—aquel delantal que usaba siempre en casa,—un tesoro de estrellas como brazada de flores de luz arrancadas al encanto de la noche. Esas estrellas las vertería en su lecho para que jugara, y sobre su cabeza volverían a posarse las manos cariñosas de la hermanita mayor, manos finas y pálidas que tantas veces acariciaron las guedejas de oro del pequeño predilecto...

—Verás... verás...—le decía yo—mien-

tras él me miraba con el ansia encantadora con que deseara un juguete nuevo.

Y me marché con la esperanza de que, aquella noche por lo menos, el nene de cinco años soñaría con la hermanita mayor, la vería, jugaría con ella como con una estrella más que viene de lo alto a ofrecerle el tesoro de mil estrellas de plata brillando en la blancura de su delantal favorito.

FIN

INDICE

	<u>PÁGINA</u>
Palabras preliminares	9
Oídme amiguitos	17
La voz de la playa.	21
Alta la frente	25
Hombres y niños	31
El árbol rumoroso.	39
Ha nacido un niño.	45
Vesperal.	53
Los niños juegan	59
El alma de los niños	67
La hermanita mayor	93

FUÉ IMPRESO ESTE LIBRO EN

LA IMPRENTA DEL "DIARIO" EL

29 DE AGOSTO DE 1921.